

tenerlo. La losa enorme es abandonada; las que más gritaban se escurren por donde pueden; cuando las brigadas llegan á las puertas de la Granera, el motín se ha disuelto, sin dejar más señales de su existencia que dos medianas baldosas, arrimadas al portón, y algunas mujeres dispersas, inofensivas, en medrosa actitud.

XXXV

LA TRIBUNA SE PORTA COMO QUIEN ES

CADA vez más fría la estación invernal y más calientes las noticias que de allá fuera vienen á conmover la Fábrica. Por de pronto, no quedaron estériles las disposiciones marciales demostradas el día del motín, y al siguiente cobraron las operarias sus haberes íntegros. No era cosa de provocar el enojo del pueblo en el estado actual de España, que parecía ya la casa de Tócame Roque. Nadie se entendía; al ejército se le conocía por la "tropa amadeista"; la artillería presentaba la dimisión en masa; el Maestrazgo ardía; Saballs llamaba "cabecilla" á Gaminde y Gaminde le devolvía el calificativo; los Hierros ordenaban á una compañía entera de ferrocarriles suspender la circulación de trenes; corría en Cataluña moneda con el busto de Carlos VII, y la reina de más tristes destinos, la mujer de Amadeo I, á la cual tirios y troyanos nombraban desdeñosamente "la Cisterna", daba al mundo con terror y lágrimas un misero infante, y ningún obispo se prestaba á bautizar el vástago regio. Así andaba la patria. Más ade-

lante se demostró que aún podía andar mucho peor.

Amparo se encontraba abatida desde el memorable día del pronunciamiento. Había hecho tal gasto de energía y de fuerza muscular removiendo los pedruzcos de la calzada, y tal derroche de laringe excitando á las remisas y miedosás, que por algún tiempo no quedó de provecho para cosa alguna. Entre el frío, la lluvia que al ir á la Fábrica la acribillaba á alfilerazos en la piel ó la bañaba con gruesos y anchos goterones que se deshacían aplastándose en su mantón, y la fatiga inherente á su estado, vióse sumida en marasmo constante, que á veces iluminaba, á manera de relámpago que surca un cielo obscuro, aquella última y robusta esperanza en el advenimiento de la federal. ¡Cuán triste veía el cielo, y el aire, y todo en derredor! Parecíale á Amparo que los lugares testigos de sus dichas y sus yerros habían sido devastados, arrasados por mano aleve. La tierra del huerto que Baltasar había llamado *paraiso*, desnuda, en barbecho, aguardaba la vegetación. De los verdes y gayos maizales sólo quedaban rastros. Los árboles de la carretera alzaban sus ramas peladas y escuetas al brumoso cielo. El piso, lleno de charcos formados por la lluvia, se hallaba intransitable, y delante de la misma casa de la Tribuna una gran poza obstruía el paso; para entrar, Amparo tenía que saltarla, y como no calculase bien el brinco, sucedíale meter el pié en el agua helada y cenagosa, y tener que mudarse después las me-

días y el calzado. Algunas veces encontraba á Chinto, que se ofrecía á darle la mano para pasar el mal paso, y su ademán compasivo la encendía en ira. ¡Ser compadecida por semejante bestial! ¡A esto llegábamos después de tanto sueño, de tanta aspiración hacia la vida fácil y brillante, hacia la dicha!

Así iba desgranándose el racimo de los días de invierno, lentos aunque cortos, sin que Amparo distinguiese un rayo de claridad en el firmamento ni en su destino. Aplanóse su espíritu, y cometió un acto de flaqueza. No veía á Baltasar desde la disputa en el merendero, y sintió, de pronto, deseo invencible de hablar con él, para suplicar ó para increpar,—ella misma no sabía para qué;—pero, en suma, para desfogar, para romper aquella horrible monotonía del tiempo que pasaba inalterable. Envióle el mensaje por Ana. Baltasar respondió: "Ya iré."
—¿Piensa V. ir?—le preguntaba Borrén aquella tarde.

—¿A qué? ¡A oír lástimas que no puedo remediar? ¡Algo bueno daría por estar ahora en Guipúzcoa!

—¡Hombre... pobre chical
Baltasar tomó su café á sorbos, muy pensativo. Calculaba que la avaricia de su madre le exponía, tal vez, á un compromiso grave. Era falta de habilidad no remitir á Amparo siquiera mil reales para tenerla contenta mientras él no aseguraba á Josefina, que engreída ahora con la perspectiva del caudal, le había acogido con hartos remilgos y escrúpulos, dificultando re-

anudar sus antiguos amercillos. ¡Bah! El caso era ganar tiempo, porque apenas pusiese tierra en medio el peligro cesaba... No obstante, el prudente Baltasar temía, temía una campanada inoportuna, que diese al traste con sus nuevos planes.

— ¿Qué te dijo? — interrogó ansiosamente Amparo.

— Que vendría — repuso la Comadreja.

— Pero... ¿cuándo?

— No quiso explicar cuándo.

— ¿Piensa él que estoy yo para esas calmas?

— Lo que él no tiene es gana de verte el pelo.

Amparo dejó caer la cabeza sobre el pecho, y su rostro se nubló con expresión tal de desconsuelo y enojo, que Ana la miró compadecida.

— Si algún día... si pronto... viene la república... la santa federal... ¡así Dios me salve, Ana... le arrastro!

Ana se echó á reír con su delgada risa estridente.

— No seas tonta, mujer... no seas tonta... ¡para divertirme y darle un mal rato no tienes que aguardar por república ni repúblico!

— ¿Que no?

— ¿Sabes lo que yo había de hacer? Pues esto mismo. Coger pluma y papel... ¿Conoce tu letra?

— Nunca le escribí.

— Mejor. Pues escribirle á la de García una carta bien explicada, para que no se deje engañar por él.

— ¿Un anónimo? ¡Quita allá!

— Un avisito... contándole lo que hizo contigo. No seas boba: anda: más merece.

Pasaba esta conversación á la salida de la Fábrica; Ana llevó á Amparo á su casa, en la calle de la Sastrería. Subieron á un cuartuco; la Comadreja dió á su amiga recado de escribir, y entre las dos compusieron la siguiente epístola, que fielmente se traslada á la estampa: "Estimada Srta.: halguen que la estima le abisa que quien se guiere casar con Usté tiene comprometida huna Chica onrada, y lea dado palbra de casarse con ella. Es el de Sobrado, porque Usté no dude, y Usté se iformará y verá que es verdá. Q. b. s. m. Un afetísimo amigo." La Comadreja cerró, dictó sobre y señas, puso lacre fino del que ella usaba para escribir á su capitán, pegó un sello, y dijo á la Tribuna:

— Ahora, de paso que vuelves á tu casa, la echas en el correo con disimulo.

Al bajar la escalera, estrecha y oscura como boca de lobo, zumbábanle á Amparo los oídos y apretaba convulsivamente la carta, llevándola oculta bajo el mantón. La oprimía como oprimiría un puñal, con vengativo empeño y no sin cierto interior escalofrío. Se representaba á la orgullosa señorita de García rompiendo el sobre, leyendo, palideciendo, llorando... — ¡Que pene! — decía á sí propia la oradora. — ¡Que sufra como yo!... ¿Y qué tiene que ver? Si ella pierde un pretendiente, yo he perdido la conducta y cuanto perder cabe... — Después pensaba en Baltasar... y en los Sobrados todos... ¡Ah!

¡Buen chasco esperaba á la avarienta de la madre, que contaba con establecer brillantemente á su hijo! No la habían querido á ella... pues ahora iban á verse desairados á su turno... ¡Ya probarían lo bien que sabe!

Rumiaba estas ideas á medida que adelantaba por la calle de la Sastrería, calle torcida, mal empedrada, en cuyos adoquines tropezaba de vez en cuando, mientras la luz vaga de los faroles del alumbrado público, proyectándose un momento, arrojaba á las paredes blanqueadas de las casas su silueta furtiva, de líneas desfiguradas, fantasmagóricas, prolongadas por la forma del pañolón. En la obscura noche de invierno, caminando con paso precavido para salvar los charcos que dejara la lluvia de la tarde, parecíale á Amparo ir á cometer un delito, y, herida, sintiendo el dolor de su agravio, este pensamiento la embriagaba. Maquinalmente, al llegar á la entrada de la calle estrecha de San Efrén, bajó una mano para recoger el vestido que se iba manchando de barro, y al hacerlo aflojéronse sus dedos y dejó de apretar la carta, cuyo satinado papel le acariciaba la epidermis... Al cruzar la travesía del Puerto, su cabeza pareció despejarse, y vió el escaparate de la tercena y el buzón, con las fauces abiertas, como gritando "aquí estoy yo". Amparo soltó el vestido y sacó de debajo del mantón la mano derecha y la misiva... Detúvose antes de alzar el brazo.

— ¡Un anónimo! — pensaba.

Su indómita generosidad popular se despertó.

La pequeñez de la villana acción se hacía muy patente al ir á perpetrarla.

"Debí decirle á Ana que la echase ella... Yo no tengo cara á esto — murmuró entre sí. — Y si no la echo me llamará boba... Pues mejor. ¡Esto es indecente! — balbució adelantando la carta hasta tocar con el buzón. — No, repelo — exclamó casi en voz alta bajando la mano. — Esto es una cochinateda... ¡Más vale ahogarles donde les encuentre!

Dió precipitadamente la vuelta y se metió por un callejón que lindaba con la travesía del Puerto, desembocando en el muelle. Ofrecióse de pronto á sus ojos el agua negra de la bahía, que no alumbraban la luna ni las estrellas, y donde los barcos inmóviles parecían más negros aún. Arrimóse al parapeto. Una brisa salitrosa, picante, la envolvió la faz. Despejóse completamente el cerebro, y con viveza suma hizo pedazos lo epístola anónima. Los blancos fragmentos revolotearon un instante, como voladoras falenas, y cayeron sordamente en el agua, que chapoteaba contra el muro del embarcadero.

ENSAYO SOBRE LA LITERATURA DRAMÁTICA
REVOLUCIONARIA

No hay remedio, esto se va y lo otro avanza á galope. ¿Cuándo se retira Amadeo? ¿Hoy? ¿Mañana? Y si el italiano no perdió de vista todavía la tierra española, ya es como si viviésemos en plena república; no estará proclamada, pero ¿qué más da? Todo el mundo cuenta con ella de un instante á otro.

Sólo bajo la monarquía de merengue que se va derritiendo y consumiéndose al calor de la revolución podía ser representable el drama que anunciaban los carteles del coliseo marinedino: *Valencianos con honra*. Aunque Amparo no iba á parte alguna, tanto oyó hablar de lo intencionado y subversivo que era el drama famoso, y de cómo pintaba á los republicanos cual son y no cual los retrata el pincel reaccionario, que resolvió asistir. Instalóse con Ana en el paraíso, donde se amontonaba inmensa concurrencia, que les metía los piés por la cintura, los codos por las ingles; á duras penas lograron

Las dos muchachas apoderarse de su sitio; al fin consiguieron embutirse de medio lado en delanteras, y allí se mantuvieron prensadas, comprimidas, sin poder ni enjugarse el sudor de la frente. El calor era espeso, asfixiante. Al alzarse el telón vino una bocanada de aire más respirable á aquel horno; poco duró, pero al menos dió ánimos para atender á las primeras escenas del drama.

El cual merecía bien que se sufriese la asfixia y otros géneros de tortura, á trueque de verlo representar. Desde la exposición tuvo como-vidos y suspenso á los espectadores. No podía ser de más actualidad el argumento, basado en los sucesos políticos de Valencia de 1869. Jugaba en el enredo un espía, un vil espía, persecuidor y delator de una familia republicana á macha martillo. Perdonado este picaro en el primer acto por los magnánimos conspiradores á quienes vendió, claro está que no había de enmendarse, y que en los actos siguientes volvería á hacer de las suyas; no lo creyeron así los protagonistas del drama, pero en cambio la concurrencia de la cazuela lo presintió, y en medio del calor sofocante se oían voces ahogadas de emoción, exclamando: "¡Ay! ¿Para qué perdonarán á ese tunante?... ¡Ya verás cómo los ha de vender otra vez!... ¡Como yo le atrá-pase no le soltaba, no!," Verdad es que si el bellaco del espía era tan malo que no tenta el diablo por donde cogerlo, en cambio los personajes republicanos ofrecían modelos de lealtad y dechados de virtudes. Cuando en el mismo

acto primero una esposa se abraza á su marido, que parte al combate, declarando con noble resolución que quiere seguirle y compartir los riesgos de la lid, Amparo sintió como un nudo, como una bola que se la formaba en la garganta, y haciendo un supremo esfuerzo, se agarró á la barandilla de la cazuela, y gritó: "¡Bien... muy bien!," dos ó tres veces, luciendo su voz de contralto. Era aquel drama el mismo que ella había soñado en otro tiempo, cuando llegaron á Marinaeda los delegados de Cantabria, de cuyos riesgos y aventuras tanto deseó ser partícipe. La escena final del acto, donde todos los voluntarios republicanos, entre el fragor de la lid empeñada, doblan la rodilla al aparecer el Señor acompañado de las monjas de San Gregorio, aflojó suavemente los tirantes nervios de la concurrencia. Una especie de rocío refrigerante de honradez, dulzura y religiosidad se derramó sobre el público; las gentes exasperimentaban impulsos de abrazarse, de rezar y de charlar. ¡Después dirán que los obscurantistas se levantan por la religión! ¡Si, sí! ¡Por cobrar las contribuciones y destruir *ferrosca-vriles*! ¡Que vengan á oír esto! ¿Quién duda que los mejores cristianos son los federales?

Pasóse el entreacto en vivos comentarios acerca del drama, que causaba favorabilísima impresión. Personas grandes se limpiaban los ojos con el dorso de la mano haciendo tiernos momos de llanto. ¡Cuidado que se necesitaba talento y sabiduría para escribir piezas así! Sólo era irritante lo de dejar al espía con vida,

porque de fijo, en el acto próximo, iba á salir con alguna barrabasada gorda. De tal suerte imperaba el entusiasmo, que nadie se ocupaba en mirar á la gente de abajo, á pesar de hallarse de bote en bote el coliseo; y como tardase en subir el telón, hubo pateos y aplausos impacientes y furiosos. Al fin dió principio el ansiado acto segundo.

Graduaba el autor hábilmente los efectos dramáticos, manejando con destreza los resortes del terror y la piedad. Ahora presentaba un mancebito que volvía de la lucha callejera á su casa, herido mortalmente, y consternando á su familia del modo que cualquiera puede figurarse. La actriz encargada de este interesante papel se había puesto sobre su cabello natural una peluca de ricitos cortos que la hacía semejante á un perro de aguas; circundaban sus ojos románticas ojeras marcadas al difumino; espesa capa de polvos de arroz imitaba la palidez de la agonía; llevaba americana muy floja para disimular la amplitud de las caderas, y entró tambaleándose y dando traspiés, con la mano apoyada en la región del pecho donde se suponía estar la herida. Por el paraíso circuló un rumor misterioso y profundo, el rugido opaco de la emoción que se comprime y refréna para mejor estallar después. Comenzó la escena de la despedida del moribundo y su familia. Cuando el padre, comandante de los voluntarios republicanos, dijo adiós al hijo confiándole la bandera, en unos versos que terminan así:

«Lleva la palma en la mano
Mientras la patria en ofrenda
Te da este sudario en prenda...»

y corriendo hacia la concha del apuntador y mudando la voz llorona en un vocejón estentóreo, gritó cerrando los puños:

¡Viva el pueblo soberano!»

los llantos histéricos de las mujeres fueron cu-
biertos, devorados por el clamor que se alzó
compacto y fortísimo, repitiendo frenéticamen-
te el ¡viva! á la vez que un huracán de palma-
das asordó el coliseo. Contagiados, electri-
zados por la exaltación del público, los actores
se esmeraban, bordaban su papel, y, fuera de
sí, se abrazaban realmente, y se daban verda-
deras puñadas en el tórax. Amparo, con me-
dio cuerpo fuera de la barandilla, palmoteaba
á más y mejor.

Durante el segundo entreacto, las gentes
prensadas en la cazuela se encontraron unas
miajas más anchas y cómodas, sea porque su
volumen se había ido acomodando al espacio
disponible, ó porque algunas, indispuestas con
tan alta temperatura, mal de su grado tuvie-
ron que retirarse. Ana logró, pues, revolverse
y escudriñar con sus perspicaces ojos de gato
los ámbitos del teatro todo. Dió un expresivo
codazo á la Tribuna, que miró hacia donde se-
ñalaba su amiga, y divisó á las de García en un
palco platea.

Fijóse especialmente en Josefina, que estaba elegante y sencilla, con traje de alpaca blanca adornado de terciopelo negro. A toda su familia, desde la madre hasta Nisita, les rebosaba el contento visiblemente; pero Josefina, en particular, no parece sino que se había esponjado con las buenas nuevas del pleito. La proximidad de la fortuna animaba, como un reflejo dorado, su tez, y hacía saltar de sus ojos chispas áureas. Recostada en la silla, gozaba beatíficamente del triunfo, exponiendo á la admiración del público de las *lunetas* el cuerpecillo ajustado, púdico, la línea fugitiva que se elevaba desde la cintura al hombro, el gracioso manejo de abanico, el movimiento delicado con que subía los gemelos á la altura de las cejas. No acertaba Amparo á apartar los ojos de su vencedora rival, y á duras penas la distrajo de aquella contemplación acerba el principio del tercer acto.

Salfa en éste un oficial del ejército que, agradecido á la hospitalidad que le habían otorgado en la casa republicana, salvaba á su vez á los dueños de ella; patético rasgo, corona de todos los excelentes sentimientos que abundaban en el drama. Cuando más moqueaba la gente y se oían más gipíos y sollozos, Amparo sintió que su mirada, atraída por irresistible imán, se clavaba otra vez en el palco de García. Abrióse la puerta y entró Baltasar, ceñido el fino talle por un uniforme intachable; y después de saludar cortésmente á la madre y á las niñas, se sentó al lado de la ma-

yor, arreglándose el pelo con la enguantada mano, y estirando levemente, con notable des-
embarazo, la tirilla. Dirigió á Josefina en voz baja dos ó tres palabras que, según el movimiento con que las acompañó, debían de ser: "¿Qué tal esto?" Y la de García alzó los hombros de un modo imperceptible, que claramente significaba: "Psh... Un dramón muy populachero y muy cursi." Definida así la función, Baltasar tomó familiarmente el abanico de la joven, y mientras lo cerraba y abría y le daba vueltas como para informarse bien del paisaje, se entabló una de esas conversaciones íntimas, salpicadas de coqueterías, de reticencias, de miradas intensas y cortas, de ahogadas risas, diálogos en que reina dulce abandono, que no serían posibles mano á mano y en la soledad, y nunca se desarrollan mejor que entre el tumulto de un sitio público, ante miles de testigos, en el desierto de las multitudes.

— Pero no ves, mujer... ¡qué poca vergüenza! — exclamaba Ana señalando al grupo, del cual no se apartaban las pupilas de Amparo. — Después del... del aviso, ¿no sabes? — añadió al oído.

La Tribuna no contestó. Ana ignoraba la destrucción del anónimo. Amparo, avergonzándose de su noble impulso, no quería confesarlo, temerosa de que la Comadreja la tratase de *babiona* y de *pápara*, y aun de que repitiese la carta por cuenta propia. Ahora... ahora, clavando la uñas en la franela roja del barandal, sentía que el corazón se le inundaba de

hiel y veneno: nada, estaba visto que era tonta; ¿por qué no echó la carta en el correo? Pero no; esa miserable y artera venganza no la satisfacía; cara á cara, sin miedo ni engaño, con la misma generosidad de los personajes del drama, debía ella pedir cuenta de sus agravios. Y mientras se la hinchaba el pecho, hirviendo en colérica indignación, el grupo de abajo era cada vez más íntimo, y Baltasar y Josefina conversaban con mayor confianza, aprovechándose de que el público, impresionado por la muerte del espía infame que, al fin, hallaba condigno castigo á sus fechorías, no curaba de lo que pudiese suceder por los palcos. De Josefina, que tenía la cabeza vuelta, sólo se alcanzaban á ver los bucles del artístico peinado, la mancha roja de una camelia prendida entre la oreja y el arranque del blanco cuello, y la bola de coral del pendiente, que oscilaba á cada movimiento de su dueña.

Bien quisiera la Tribuna salir, librarse de la sensación lancinante que le producía tal vista; pero la gente que la rodeaba por todas partes, como las sardinas á las sardinas en la banasta, no la consentía moverse mientras el telón no se bajase. Un poco antes de terminarse el drama, vió á las de García que se levantaban, y á Baltasar que las ponía los abrigos á todas con suma deferencia, empezando por la madre; después se cerró la puerta del palco, y quedóse Amparo con las pupilas fijas maquinalmente en aquel espacio vacío. Aún tardó algunos minutos en comenzar el desagrüe

de la cazuela, y el estrepitoso descenso por las escaleras abajo. Cogiéronse Amparo y Ana de bracero, y empujadas por todos lados arribaron al vestíbulo y de allí salieron á la calle, donde el frío cortante de la noche liquidó al punto el sudor en que estaban empapadas sus frentes. Sintió la Comadreja que el brazo de Amparo temblaba, y la miró, y le halló desencajada la faz.

—Tú no estás bien, chica... ¿qué tienes? ¿Te da algo por la cabeza?

—Suéltame—contestó con voz opaca la Tribuna.—Adonde voy no me hace falta compañía.

—¡María Santísima! ¿á dónde vas, mujer? ¿qué es esto?

—¡Que á dónde voy! Pues á apedrearles la casa, para que lo sepas.

Y recogió el mantón, como para quedarse con los brazos libres.

—Tú loqueas... Anda á dormir.

—O me dejas, ó me tiro al mar—respondió con tal acento de desesperación la muchacha, que Ana la soltó y echó á andar á su lado, midiendo el paso por el de la terrible y colérica Tribuna.

—Te digo que se la apedreo, mujer; tan cierto como que ahora es de noche y nos ve Dios. ¡Repelo! ¡No hay sino hacer irrisión de las gentes... de las infelices mujeres... de los pobres! ¿Pero tú has visto qué descaro, que descaro tan atroz? En mi cara... en mi cara misma... ¡Me valga san Dios, que esto no pasa entre los negros de allá de Guinea!

—Bueno... Y ahora, ¿qué se hace con perderse... con ir á la cárcel, mujer?

—Desahogarme, Ana... porque me ahogo, que toda la noche pensé que con un cordel me estaban apretando la nuez... ¡Romperles los vidrios, retepelo! ¡Armar un belén, avergonzarlos, canario! ¡Y que no me piquen las manos y que duerma yo á gusto hoy! ¡Que tengo las asaduras aquí (señaló á la garganta) y el corazón apretao, apretao!

—Pero, mujer .. mira, considera...

—No considero, no miro nada...

Este diálogo duró mientras cruzaron las dos amigas el páramo de Solares en dirección al barrio de Arriba, por donde suponía Amparo que iba Baltasar acompañando á las de García hasta su casa. El aire frío y el silencio de las calles del barrio templaron, no obstante, la sangre enardecida de la Tribuna. Parecióle entrar en algún claustro donde todo fuese quietud y melancolía. No hollaba un transeunte el pavimento, que resonaba con solemnidad; y cuando menos lo pensaban las dos expedicionarias, les cerró el paso una iglesia, la de Santa María Magdalena, alta, muda, con pórtico de ojiva, donde la luz de los faroles dibujaba los vagos contornos de dos santos de piedra que se miraban inmóviles. Involuntariamente la Tribuna bajó la voz, y al cruzar por delante del pórtico se santiguó, sin darse cuenta de lo que hacía, y reportó y contuvo el paso. Ana iba á aprovechar la coyuntura para hacer á la determinada Tribuna mil reflexiones, á tiempo que un oficial,

que volvía de la plaza de la Fruta, cruzó casi rozándose con ellas y sin verlas, cantando entre dientes no sé qué polca ó paso doble. Conoció Amparo á Baltasar y echó tras él como el lebrél tras la res que persigue. ¿Oyó Baltasar las pisadas de la Tribuna y pudo reconocerlas? ¿O era solamente que iba de prisa? Lo cierto es que se perdió de vista al revolver de la esquina, y por muy diligentes que anduvieron las que lo seguían, no lograron darle alcance.

—Voy á llamarle á la puerta — exclamó Amparo.

—Mujer, ¿estás loca?... ¡Una casa de la calle Mayor! — murmuró Ana con respetuoso miedo. — ¿Tú sabes la que se armaría?

En horas semejantes la calle Mayor ofrecía imponente aspecto. Las altas casas, defendidas por la brillante coraza de sus galerías refulgentes, en cuyos vidrios centelleaba la luz de los faroles, estaban cerradas, silenciosas y serias. Algún lejano aldabonazo retumbaba allá... en lo más remoto, y sobre las losas el golpe del chuzo del sereno repercutía con majestad. Amparo se detuvo ante la casa de los Sobrados. Era ésta de tres pisos, con dos galerías blancas muy encristaladas, y puerta barnizada, en la cual se destacaba la mano de bronce del aldabón. Y entre el silencio y la calma nocturna se alzaba tan severa, tan penetrada de su importante papel comercial, tan cerrada á los extraños, tan protectora del sueño de sus respetables inquilinos, que la Tribuna sintió repentino

hervor en la sangre, y tembló nuevamente de estéril rabia, viendo que por más que se deshiciese allí, al pié del impasible edificio, no sería escuchada ni atendida. Accesos de furor sacudieron un instante sus miembros al hallarse impotente contra los muros blancos, que parecían mirarla con apacible indiferencia; y de pronto, bajándose, recogió un trozo de ladrillo que la casualidad la mostró, á la luz de un farol, caído en el suelo, y con airada mano trazó una cruz roja sobre la obscura puerta reluciente de barniz,—cruz roja que dió mucho que pensar los días siguientes á doña Dolores y al tío Isidoro, que recelaban un saqueo á mano armada.

XXXVII

LUCINA PLEBEYA

VESTÍASE Amparo, antes de salir á la Fábrica, reflexionando que diluviaba, que de noche se habían oído varios truenos, que se quedaría gustosa en casa, y aun entre cobertores, si no necesitase saber noticias, excitarse, oír voces anhelosas que decían: "Ahora sí que llegó la nuestra... Macarroni se va de esta vez... hay un parte de Madri, que viene la república... mañana se proclama."

Al salir de su fementido lecho, la transición del calor al frío la hizo sentir en las entrañas dolorcillos como si las royese poquito á poco un ratón. Púsose pálida, y la ocurrió la terrible idea de que llegaba la hora. Volvióse al lecho, creyendo que allí se calentaría: cerró los ojos y no quiso pensar. Un deseo profundo de anodamiento y de quietud se unía en ella á tal vergüenza y aflicción, que se tapó la cara con la sábana, prometiéndose no pedir socorro, no llamar á nadie. Mas como quiera que el tiempo pasaba y los dolorcillos no volvían, se resolvió

á levantarse, y al atar la enagua, de nuevo la pareció que la mordían los intestinos agudos dientes. Vistióse no obstante, y se dió á pasear por la estancia, á tiempo que una mano llamó á la puerta del cuartuco, y antes que Amparo se revolviere á decir "adelante", Ana entró.

—¿Vienes?

—No puedo.

—¿Pasa algo, hay novedá?

—Creo... que sí.

—¿Qué sientes, mujer?

—Frío, mucho frío... y sueño, un sueño que me dormiría de pié... pero al mismo tiempo rabio por andar... ¡Qué rareza!

—¿Aviso á la señora Pepa?

—No... ¡qué vergüenza! Jesús, mi Dios... Ana querida, no la avises.

—¡Qué remedio, mujer! ¿Sigue eso?

—Sigue... ¡infeliz de mí, que nunca yo naciese!

—Acuéstate sobre la cama...

Con su viveza ratonil, Ana arropó á la paciente, y ya se dirigía á la puerta, cuando una quebrantada voz la llamó.

—Llévale la cascarilla á mi madre... dile que me duele la cabeza... no le digas la verdá, por el alma de quien más quieras...

—Sí, que no se hará ella de cargo...

Amparo se quedó algo tranquila: sólo á veces un dolor lento y sordo la obligaba á incorporarse apoyándose sobre el codo, exhalando reprimidos ayes. Ana corría, corría, sin cuidarse de la lluvia, hacia la ciudad. Cerca de dos

horas tardó, á pesar de su ligereza, en volver acompañada de un bulto enorme, del cual sólo se veían desde lejos dos magnos chanclos que embarcaban el agua llovediza, y un paraguazo de algodón azul con cuento y varillas de latón dorado. Bufaba la insigne comadrona y resoplaba, ahogándose á pesar del ningún calor y de la mucha y glacial humedad de la atmósfera; cuando penetró en la casucha, revolvióse en ella como un monstruo marino en la angosta tinaja en que lo enseña el domador. Fuése derecha á la cama de la paralítica, y la dijo dos ó tres frases, entre lástima y chunga, que á ésta la supieron á acibar; cabalmente estaba desahaciéndose de ver que ni podía ayudar á su hija en el trance, ni acompañarla siquiera; aquella habitación era tan próxima á la calle, que ni soñaba en traer allí á la paciente.

Consumiase la pobre mujer presa en su jergón, penetrada súbitamente de la ternura que sienten las madres por sus hijas mientras éstas sufren la terrible crisis que ellas ya atravesaron... Chinto se encontraba allí, semejante á un palomino atontado.... Entró la comadrona donde la llamaba su deber, y el mozo y la vieja se quedaron tabique por medio, ayudándose á sobrellevar la angustia de la tragedia que para ellos se representaba á telón corrido... La tullida maldecía de su hija, que en tal ocasión se había puesto, y al mismo tiempo lloriqueaba por no poder asistirle. Y á cada cinco minutos, la señora Pepa entraba en el cuartuco llenándolo con su corpulencia descomunal, y ordenando mili-

tarmente á Chinto que corriese á desempeñar algún recado indispensable.

—Aceite, rapaz... ¡un poco de aceite!

—¿Qué tal?—interrogaba la madre.

—Bien, mujer, bien... ¡Aceite, porreta!

Lo que no se encontraba en la casa, Chinto salía disparado á pedirlo fuera, prestado en la casa de un vecino, ó fiado en las tiendas. Generalmente, al recoger una cosa, la comadrona exigía ya otra.

—Un gotito de anís...

—¿Anís? ¿Para qué?—preguntaba la tullida.

—Para mí, porreta, que soy de Dios y tengo cuerpo y también se me abre como si me lo cortasen con un cuchillo...

Y Chinto se echaba dócilmente á la calle en busca de anís...

Volvía á presentarse la terrible comadre, toda fatigosa y sofocada.

—Vino... ¿hay vino?

—¿Para ti?—murmuraba sin poder contenerse la impedida.

—Para ti, para ti... ¡Para ella, demonche, que bien necesita ánimos la pobre!... Piensas tú que yo le doy desas jaropías de los médicos, desos calmantes y durmientes? ¡Calmantes! Fuersa, fuersa es lo que hace falta, y vino, que alegra al hombre las pajarillas, ¡porreta!

Quince minutos después:

—Tres onzas de chocolate, del mejor... Y mira, de camino á ver si encuentras una gallineta bien gorda, y le vas retorciendo el pescue-

zo... Pide también un cabito de cera... las planchadoras que haya por aquí han de tener...

—¿De cera?

—De cera, ¡porreta! ¿Si sabré yo lo que me pido? Y pon agua á la lumbre.

Y Chinto entraba, salía, dando zancajadas á través del lodo, trayendo á la exigente facultativa cera, espliego, romero, vino blanco y tinto, anís, aceite, ruda, todas las drogas y comestibles que reclamaba... En los breves intervalos que tenía de descanso el solícito mozo, se sentaba en una silla baja, al lado del lecho de la tullida, quejándose de que le faltaban las piernas de algún tiempo acá, él mismo no sabía cómo, y parece que la respiración se le acababa enteramente; el médico le afirmaba que se le había metido polvillo de tabaco en los *broncos* y en los *plumones*... Boh, boh... ¿qué saben los médicos lo que uno tiene dentro del cuerpo? Hablaba así en voz baja, para no dejar de prestar oído á los lamentos de la paciente, que recorrían variada escala de tonos; primero habían sido gemidos sofocados; luego quejidos hondos y rápidos, como los que arranca el reiterado golpe de un instrumento cortante; en pos vinieron ayes articulados, violentos, anhelosos, cual si la laringe quisiese beberse todo el aire ambiente para enviarlo á las conturbadas entrañas; y transcurrido algún tiempo, la voz se alteró, se hizo ronca, oscura, como si naciese más abajo del pulmón, en las profundidades, en lo íntimo del organismo. A todo esto llovía, llovía, y la tarde de invierno caía

prontamente, y el celaje gris ceniza parecía muy bajo, muy próximo á la tierra. Chinto encendió el candil de petróleo, y trajo caldo á la parálitica, y permaneció sentado, sin chistar, con las rodillas altas, los piés apoyados en el travesaño de la silla, la barba entre las palmas de las manos. Hacía un rato que el tabique no transmitía queja alguna. Dos ó tres amigas de la Fábrica, entre ellas Guardiania, que ya no se quejaba de la paletilla, entraban un momento, se ofrecían, se retiraban con ademanes compasivos, con resignados movimientos de hombros, con reflexiones pesimistas acerca de la fatalidad y de la ingratitude de los hombres. De improviso se renovaron los gritos, que en el nocturno abandono parecían más lúgubres; durante aquella hora de angustia suprema, la mujer moribunda retrocedía al lenguaje inarticulado de la infancia, á la emisión prolongada, plañidera, terrible, de una sola vocal. Y cada vez era más frecuente, más desesperada la queja.

Serían las once cuando la señora Pepa se presentó en el cuarto de la tullida, enjugándose el rostro con el reverso de la mano. Sobre su frente baja y achatada, y en su grosera faz de Cibelas de granito, se advertía una preocupación, una sombra.

—¿Cómo va?

—Tarda, porreta... Estas primerizas, como no saben bien el camino...—y la comadre hizo que se reía para manifestar tranquilidad; pero un segundo después añadió:—Puede ser que...

porque uno no quiere embrollos ni dolores de cabeza, ¿oyes? Yo soy clara como el agua, vamos... y no se me murieron en las manos, ¡porretal sino dos, en la edá que tengo... Después los médicos hablan... Y yo cuanto puedo hago, y unturas y friegas de Dios llevo dado en ella...

Al afirmar esto, la comadre se limpiaba á las caderas sus gigantescas manos pringosas.

—¿Habrá que avisar al médico?—gimoteó la tullida.

—Porreta, á mi edá no gusta verse envuelta en cuentos... luego después, que si hizo así, que si pudo haser asá... que si la señora Pepa sabe ó no sabe el oficio... Menéate ya, dormilón—añadió despóticamente volviéndose á Chinto.—Ya estás corriendo por el médico, ¡gansol!

Chinto salió sin cuidarse del agua que continuaba cayendo tercamente del negro cielo, y corrió, perseguido por aquella voz cada vez más dolorida, más agonizante, que atravesaba el tabique, mientras la impedida se lamentaba de que además de morirle la hija, iba á tener que abonar—¿y con qué, Jesús del alma?—los honorarios de un facultativo. El silencio era tétrico, el tiempo pasaba con lentitud, medido por el chisporroteo del candil y por un clamor ya exhausto, que más se parecía al aullido del animal espirante que á la queja humana. Media noche era por filo cuando Chinto entró acompañado del médico. Acostumbrado debía de estar éste á tan críticas situaciones, porque lo primero que hizo fué dejar el impermeable chorrean-

do en una silla, remangarse tranquilamente las mangas del gabán y los puños de la camisa, y tomar de manos de Chinto una caja cuadrilonga que arrimó á un rincón. Después entró en el cuarto de la paciente, y se oyó la voz gruñona de la comadre, empeñada en darle explicaciones...

A eso de un cuarto de hora más tarde volvió el soldado de la ciencia á presentarse y pidió agua para lavarse las manos... Mientras Chinto buscaba torpemente una jofaina, la madre, llorosa, temblando, preguntaba nuevas.

—¡Bah!... no tenga V. cuidado... ese chico me dijo que se trataba de un lance muy peligroso, y me traje los chismes... no sé para qué: una muchacha como un castillo, conformación admirable, una versión que se hizo en un decir Jesús... Estamos concluyendo. Ahora la comadre basta, pero yo seré testigo.

Lavóse las manos mientras esto decía, y tornó á su puesto. La mecha de petróleo, consumida, carbonizada, atufaba la habitación, dejándola casi en tinieblas, cuando dos ó tres gritos, no ya desfallecidos, sino, al contrario, grandes, potentes, victoriosos, conmovieron la habitación, y tras de ellos se oyó, perceptible y claro, un vagido.

XXXVIII

¡POR FIN LLEGÓ!

AMPARO descansa abismada en el reposo infame de las primeras horas. Sin embargo, á medida que la luz de la pálida mañana entra por el ventanillo, vuelve la memoria y la conciencia de sí misma. Llama á Chinto ceceándolo.

—¿Qué quieres, mujer?

—Vas á ir corriendo al cuartel de infantería... Parece que ahora no sale la tropa de los cuarteles.

—Bueno.

—Si no está allí D. Baltasar, á su casa... ¿La sabes?

—La sé. ¿Qué le digo?

—Le dirás... ¡veremos cómo sabes dar el recado! Le dirás que tengo un niño... ¿oyes? No vayas á equivocarte...

—Bueno, un niño...

—Un niño... no sea que digas una niña, tonto; un niño, un niño.

—¿No le digo más?